

TOL 71976

Tópicos sobre Toledo

Aunque el tema de este trabajo parece insustancial a primera vista, le creo interesante por ser una especie de lastre sobre la cultura de esta ciudad y porque hasta la fecha, que yo sepa, no ha sido aún tratado más que en conversaciones ocasionales, pero nunca en un trabajo sistemático.

Algunos de estos tópicos ofrecen, desde luego, alguna amenidad y son bastante eficientes como para distraer la atención de cuestiones más elevadas. Los tópicos que voy a enumerar, aunque representan aspectos de esta cultura toledana, lo son de una cultura fósil, estacionaria y en la que yo no veo una integración progresiva, dato que puede ser un defecto. Si estas divagaciones sobre la ciudad ahogan o limitan zonas de cultura más nobles, muy variadas entre sí, estos tópicos tienen, no obstante, una nota común digna de tenerse en cuenta: la de que, cuando más, fomentan la fibra literaria, pero nunca la artística ni la arqueológica, valiosísima en Toledo. Ello acusa demasiado el matiz oriental-árabe-judío, poco figurativo, anulando extensas zonas culturales de la plástica occidental, de tan acusada personalidad en Toledo y de valor mundial.

Hacemos estas observaciones previas para intentar la búsqueda de un equilibrio en el conjunto cultural de la ciudad. Esa cultura folklórica no es en realidad un saber distinto; es, sencillamente, un conjunto que camina en sentido opuesto, en alejamiento progresivo de los valores plásticos. Es un campo en el que se vegeta sin preocuparse de zonas culturales más intensas pero, por ello mismo, fatigantes, y que se goza en las vetas más primitivas de la compleja cultura toledana.

Tiene además otro inconveniente, cual es el de resultar una cultura aislante que sirve de atrincheramiento a gente semi-analfabeta con

pretensiones de alternar donde no le pertenece y desde tal refugio disparar con fuego de contrabatería. Es una cultura de tinta, pero de tinta de calamar, que oscurece el ambiente e impide distinguir dónde está la verdad y dónde el cuento.

Aclarado esto, pasemos a enumerar algunos de ellos, comenzando por:

LA LEYENDA

Entre los tópicos más destacados que ahogan otras modalidades culturales en Toledo figura la hiedra frondosa de la leyenda, forma difusa de historia que pasa a literatura oral. Supervivencia de la literatura para ser escuchada.

Ya no agobia tanto como en los años de mi llegada a Toledo; parece un filón un poco gastado, pasado de moda, quizá por apoyarse demasiado sobre él y no renovarlo.

Es sin duda el tópico de mayor interés de los que gravitan sobre esta ciudad. Se acerca a la poesía y a la novela, pero lo que no cabe duda es que una recitación legendaria ante un monumento distrae de la contemplación que el arte necesita y también la arqueología. Ambos hacen avanzar la cultura, mientras que la leyenda es ya cultura agotada y fósil. Es bien fáustica.

Quizá Toledo, en competencia con Sevilla, sea la ciudad que más leyendas aprisiona en la madeja de sus calles. Esta es precisamente una de sus características: que son urbanas, ligadas bastante con la historia, mientras que las verdaderas leyendas son de ambiente campesino, con una cronología imprecisa y lejana, con ambiente y tiempo muy inconcreto.

Todas son, desde luego, interesantes y dignas de un estudio crítico, más difícil éste de lo que a primera vista parece.

Creemos que se pueden agrupar en tres apartados:

a) Leyendas de tema nativo, toledano: Cristo de la Luz (dos), Pozo Amargo, La Mujer del Arquitecto, etc. Un sector de ellas alude a la lucha de razas, especialmente las dos primeras citadas; otro parece reflejar la admiración por técnicas nuevas, ya al albor del Renacimiento: Hombre de Palo, la Mujer del Arquitecto, etc.

b) Leyendas importadas, de tipo general y algo escaso. Así, la de

A buen Juez, mejor Testigo, que parece de origen palentino, acaso de trasplante literario.

c) Sector francamente literario, grupo capitaneado por las de Bécquer. Se admiran como literatura, pero no se incorporan al lote legendario.

Aunque reconocemos que es el tópico de más valor de los que tiene Toledo y no puede decirse que sea una preocupación anticultural, sí hay que reconocer que son el mayor enemigo del estudio del arte y de la arqueología. Llenan el expediente para hablar de algo ante un monumento, ante personas a las que no les interese el arte gran cosa; pero lo cierto es que, oyéndolas, el arte nunca se aprenderá. Pero en que son inocuas a la cultura, creo que debe hacerse una excepción con la de La Cava.

Una de las curiosidades más raras de la cultura toledana es esta leyenda de La Cava. Aunque hubiese existido tal personaje, es curiosa la afirmación de que hubiera baños visigodos al lado de un río. Vemos que fray Luis de León recoge la tradición de que están «del Tajo en la ribera» sin aludir a baños ni a edificios para tales usos. No creo que haya datos sobre baños visigodos propiamente dichos; lo casi seguro es que siguiesen en uso los baños romanos, los mismos que hicieron de puente a los baños árabes, originados de ellos.

Lo curioso es que las grandes y auténticas autoridades de la cultura toledana (Amador de los Ríos, Parro y Palazuelos y Simancas) no han dudado en estar conforme en que el *Baño* es un torreón árabe que hacía de cabeza de un puente romano. Pero la leyenda se aferra a que era un baño visigodo y añade que tenía un enlace subterráneo con los alcázares reales, sitios donde está hoy el grupo escolar Santiago de la Fuente.

En mis dispersos escritos he dicho lo que sé de este tema y lo que he podido pensar sobre esta cabeza de puente. Recordando, diré:

1.º Que por la parte de tierra se conservan dos entradas a distinta altura. En la entrada más alta se mantiene la única inscripción árabe que persiste intacta, escrita en bello estilo cúfico. Su conservación se debe probablemente a que se ignorase su existencia en la época en que Felipe II manda borrar las inscripciones árabes que ostentaban las puertas y puentes de Toledo.

2.º Que prueba el que fuera una torre militar, cabeza de puente,

la escalera que va desde el piso superior a la terraza, escalera que hoy queda al aire en la pared por el rebaje del suelo primitivo.

3.º Que en la puerta que da al río se ve claro un rozado en la misma para llegar al nivel del puente de barcas, sustituto del primero (de piedra y ladrillo), del que subsisten los dos machones de los arcos, uno hacia el centro, tumbado, y otro hacia Solanilla.

4.º La puerta lateral, más baja, tiene tres notas bastante curiosas:

a) Deja cortado por la mitad un baño romano, de mármol, rectangular; estaba indudablemente de relleno al hacerse la pared, ya que de origen no se pensó hacer esta puerta.

b) Este acceso lateral no podía ser la entrada a un sótano o piso bajo, cosa sin interés militar, ya que su intradós queda más alto que el piso que enrasaba con la escalera. Esto nos hace pensar que nunca tuvo dos pisos, sino que al hacer la entrada más baja se igualó el piso primitivo con la altura del puente de barcas, transformándose la entrada directa en paso acodado y quedando al aire la puerta primitiva, interior, como un tragaluz, lo mismo que el arranque de la escalera, que iba a la terraza.

c) La entrada en codo es normal en la arquitectura árabe, pero la directa no era posible por no permitirlo el terreno. Es decir, que el torreón sufrió como una chapuza, algo provisional, quedando en inferiores condiciones militares comparándolo con su fase inicial.

Hay que anotar también que entrando por esta puerta inferior, a la derecha queda un hueco que ocupó un relieve visigodo llevado al Museo Arqueológico Nacional. Es de los típicos en hornacina, similar al que subsiste en la torre de Santo Tomás.

Esto es en síntesis lo que puedo decir sobre este torreón, datado como árabe al usar como relleno piezas visigodas. Es obra insigne de la arqueología toledana, digno de menos cuentos y de más interés en su conservación.

EL ELEMENTO ÁRABE

Uno de los tópicos más generadores de errores en la interpretación de lo toledano es la suposición de que toda la ciudad ha sufrido una fuerte arabización, como si no existiese una intensa cultura local previa a la invasión musulmana. Esta creencia es un corolario de que

los árabes estuvieron ochocientos años en España, plazo que sin duda es exacto aplicado a Granada, por ejemplo, pero no a Santiago de Compostela, donde apenas pisaron. Los árabes se encontraron en Toledo una gran ciudad iberorromana, capital de un importante reino visigodo, convirtiéndola en un espolón fronterizo, donde gobernaron desde el 713 al 1085. Y de este plazo debe tenerse en cuenta que durante mucho tiempo (unos ochenta años) estuvo sublevada por el elemento mozárabe con dirección oficial islámica ajena al Califato, y después fue también independiente en una breve Taifa.

Esta afirmación de que lo típico toledano es lo árabe, olvidándose de la fuerte tradición anterior desde la prehistoria, es una interpretación muy siglo XIX. Parecía verdad en la época en que no se distinguía lo árabe de lo mudéjar.

En general esta afirmación del influjo árabe en lo español tiene un poco de pandereta y mucho de frase hecha. No tengo tiempo para discutir esto a fondo, pero sí diré algunas notas sobre ello. Recordemos, por ejemplo, que las características más fuertes que se atribuyen a lo hispánico son las corridas de toros y el teatro, y ambas cosas no existen en lo árabe. Hasta en el paisaje hay errores en esto, como considerar cosas muy africanas a la pita y a la chumbera, plantas de origen mejicano, o en la alimentación, ya que el maíz es planta americana, y el cerdo y el vino son cosas prohibidas para el buen musulmán.

Quizá lo predominante en Toledo sea, no lo árabe, sino lo puramente ibérico. La ciudad es del tipo de acrópolis ibérica, como Segovia y Cuenca; con murallas anulares, en curvas de nivel, presidiendo el conjunto de ciudad y murallas un castillo, en nuestro caso el Alcázar de Toledo. El plano toledano también nos parece ibérico; de ahí la escasez de plazas. En los paredones puede encontrarse huella judía, aunque ésta no sea tanta como creen los que interpretan la permanencia del Greco en Toledo por el ambiente semita de la población.

Detalles negativos de esta supuesta afinidad son, por ejemplo, la hoja de la puerta de la casa modesta partida en dos batientes en sentido horizontal, puerta que existe en Aragón y que he visto en Galicia y Andalucía, mientras que no se registra en Toledo. Cerrada la parte baja, queda abierta como una ventana, y si en la casa se vende algo, el cliente puede comprar sin entrar en la vivienda. En Andalucía me han dado un doble fin de esta puerta: que los niños no se vayan a la calle y que no entren los perros, mientras que la habitación a que da acceso, portal-cuarto de estar, recibe luz y ventilación por ella.

La ciudad árabe (y conste que fundación árabe pura no recuerdo más que Murcia) en general se recuesta en la falda de una ladera, cerca de un caudal de agua. Por tal causa la muralla va siguiendo la altura del monte y baja por los lados hasta encerrar la ciudad. Tampoco creo árabe este recogimiento típico de Toledo y de sus calles; el moro vive en el bazar o en el zoco con las mercancías en las puertas. Por todo ello, si en vez de ambiente árabe, se dijese mudéjar o mozárabe, sería más acertado.

LOS COBERTIZOS

Al hablar de ellos considero canónico poner la voz misteriosa como si hubiésemos llegado a las minas del rey Salomón, aunque no sea para tanto. En general, de todo el sector del folklore toledano creo que es el que pesa menos para mí; su valor artístico lo creo nulo; arquitectónico, no digamos, y no sé que hayan sido escenario histórico de nada. Son en realidad feos y vulgares, menos interesantes que los de Daroca, donde tapando bocacalles menores dan tono a la calle Mayor. Bastante menos arquitectónicos también que los de la Seo de Urgel y más ocasionales que los de Cuenca, que tapan feos derrumbes hacia el río.

El valor de los cobertizos toledanos está en que son pasadizos que permiten una ruta turística, con grandes efectos de claros de luna cuando ésta luce. Presentan un desnudismo estético que puede producir intensos estados emotivos; pero en estos momentos sobra el arte y la leyenda. En tales trances el que hace de guía suele ejercer de pastor que lleva sin hablar, pues su charla distraería de la contemplación de fuertes y angulares planos de luz plata y negras y tajantes sombras. El silencio es el mejor amigo de su contemplación; lo demás sobra.

El paso por los que acceden a la plaza de Santo Domingo el Real es ruta obligada de literatos y de artistas, ruta que pocos dejan de hacer si pasan la noche en Toledo. Si, una vez paseados éstos, quisiéramos recorrer una variante del tema, podemos tomar por Barrio Rey y seguir por Juan Labrador, viendo varios a nuestra izquierda. Llegados a la plaza de Abdón de Paz tomaremos la calle del Cristo de la Calavera para entrar en el callejón del Toro, a su derecha.

Al final de este anguloso pasadizo que encajona su leyenda, estamos en la plaza de San Justo, y de allí a la calle de Sixto R. Parro, buscando la bajada al Pozo Amargo. A nuestra izquierda vamos de-

jando pintorescos cobertizos en callejones sin salida, con estructura bien compleja.

En general se tiene a los cobertizos por obra árabe. Yo creo que no; el moro busca el aislamiento, no el enlace con otra casa. Más bien los creo obra barroca, cuya existencia marca una tercera fase en la vida del inmueble. Lo primero es tener un edificio; lo segundo, adquirir otro ámbito frente a una fachada del primero y, lo tercero, cubrir el paso que los separa, edificando encima de la calle. En nuestros días se han visto estas etapas, origen de cobertizos, en el Servicio Doméstico y en las Terciarias.

Puede también darse el caso contrario; que se arruine una propiedad y que se haga servidumbre de paso, atravesando su interior. Con el tiempo se recuperó la mayor parte del solar antiguo, pero ha quedado el paso, debajo de habitaciones privadas, que sale por lo que era puerta principal antes (caso del pasadizo de Balaguer).

Son bastante curiosos y tienen cierta capacidad para inspirar aguas fuertes más que para la pintura corriente. Han tenido solamente la desgracia de ser pasados a un primer plano, cosa excesiva, ya que distraen de una serena apreciación estética e involucran la escala de valores culturales, tanto estéticos como arquitectónicos. Urbanísticamente son útiles a la ciudad, conservando limitada la zona de los conventos, y donde no existen, el rodadero se va comiendo la zona urbanizada.

El abuso de este tema (pensando mal) puede ser debido a ser útil para gente poco cultivable, que entiende poco, y para alternar en algo se aprovecha de estos sitios para narrar chismes y cuentos bajo techado.

LOS SÓTANOS

La temática se va oscureciendo, pues llegamos a los sótanos. Una de las preocupaciones del folklore toledano son los sótanos y el creer que en casi todos ellos hay milagros de arte, de historia y de arqueología. Hace tiempo que me voy negando a verlos cuando me invitan a ello; en los que he visitado hasta ahora no he visto nada de arte, poco de arqueología y sí muchas telarañas.

Como todas estas cuestiones, reducidas a sus límites normales, ofrecen cierto interés. Tener sótano, poseer patio y una entrada excéntrica



son las características que integran el tipismo de la casa toledana, constituyendo sus constantes más definidoras.

Su uso lo creo muy antiguo, básico para la casa ibérica y después para la ibérico-romana, persistiendo su empleo en Toledo. Los del callejón de San Ginés son, claramente, de origen romano. Consisten en dos bóvedas de cañón paralelas, con fuertes dovelas de piedra. Este estilo se reproduce con bóvedas de doble rosca en ladrillo, como los del edificio «Soliss» de la plaza de San Justo, y los del taller de don Julio Pascual.

Estos sótanos de tradición romana, aprovechados para criptas y usos análogos en iglesias hispano-romanas o, más claro, en las visigodas, son los que pueden crear el tipo de templo con cripta, tal como la de San Antolín, de Palencia, o Santa Eulalia en Oviedo; en Toledo, la mezquita de las Tornerías. Esto sólo como una opinión personal, desde luego.

San Clemente.—Entre el número —no escaso por cierto— de sótanos que he visitado figuran los de San Clemente, que creo mudéjares del XIV, análogos a los de la Casa del Greco. Están contruidos con bóvedas de medio cañón, bastantes toscos e irregulares pero muy grandes. Sabido es que los conventos cobraban rentas en especie, que se almacenaban en ellos sin duda.

La casa del Greco.—Los sótanos de este edificio me parecen también de este estilo y finalidad. Debieron ser obra de Samuel Haleví y tal vez guardase en ellos los tesoros que expolió al rey don Pedro. Posteriormente, el presunto marqués de Villena haría sus alquimias en estos cobijos.

Se afirma que tienen siete plantas, pero es difícil precisar su número porque muchos están en rampa. Forman dos grupos: uno que tiene acceso desde el zaguán (parte de éstos sería caballerizas) y son los más pequeños. El otro grupo, el principal, tiene entrada por el jardín y son los que se cree que tiene tales siete plantas. Yo no he podido constatar más que tres, cifra que coincide con la que dio Elena Gómez Moreno en una charla que pronunció en el salón del Casino hace poco tiempo. En esta ocasión contó la nota curiosa de que se había descubierto el paso —subterráneo— que comunica estas bóvedas

con la sinagoga contigua, enlace que ya se suponía, pero no estaba comprobado hasta ahora.

Santa María la Blanca.—Con insistencia he oído hablar de grandes sótanos bajo esta sinagoga; la última vez, a una persona que había pasado allí su niñez (claro es que la titulaba mezquita). Su entrada, tapiada, se sitúa en el interior del edificio, en la nave derecha.

En realidad no tengo idea de que nadie los haya recorrido, aunque su existencia parezca verosímil. Lo que sé de ellos es lo siguiente: a poco de mi llegada vi unas excavaciones en el ámbito que hace de entrada, donde aparecieron unas galerías cuyo uso desconozco, poco profundas. Quisiera recordar que se entraba entonces al edificio por unos tableros. A poco de aquellas obras vi que se rellenó lo excavado. Si los sótanos que se dice son estos mismos, me parece que se desistió de su búsqueda por considerarlos sin importancia; tales trabajos irían dirigidos más bien a localizar restos de alguna habitación previa al templo, al que serviría de atrio.

En el interior no creo que sean tan grandes como se dice. Su suelo está parcelado para enterramientos cristianos, y al hacer tales fosas habrían dado con ellos, salvo que sean muy profundos, lo que no creo probable.

Sótanos del Alcázar.—Son los más nobles histórica y arquitectónicamente de Toledo. Su estructura actual data del Renacimiento, sin que niegue que existieran ya antes. Servían de cuadras y de caballerizas, teniendo su acceso por la cuesta del Alcázar, a través de la llamada puerta de carros, ya desaparecida. Este uso de caballerizas para los sótanos suele hacer estilo en la casa toledana.

Cuadras.—Todavía son bastante reconocibles; se entraba a ellas por rampas, desde el portal, hoy dotadas de escalones. Bastantes conservan en buen estado las pesebreras de madera, algunas en nichos excavados en el muro, a modo de hornacinas profundas.

Existen caballerizas de este tipo en el Palacio de Fuensalida, Colegio Sadel (casa de los Rojas), Escuelas de Núñez de Arce, la que hasta hace poco era Residencia de Ancianos en la plaza de Abdón de Paz, y otras. Todavía a principios de siglo la casa n.º 7 de la calle de la Plata tenía entrada accesoria para el caballo, hoy transformada en pequeño

comercio. Otros muy extensos existían hasta 1930 en la casa que cierra el final del callejón de la Sillería, con numerosos pesebres en las paredes.

San Miguel.—Entre los subterráneos más curiosos que he recorrido figuran los que están en una casa próxima a la iglesia de San Miguel *el Alto*, en la calle de su nombre. Las creo galerías abiertas en la roca y parecen canteras, acaso para obras del Alcázar. En ellas había, y deben existir aún, grandes tinajas.

Parece que un arquitecto estaba románticamente enamorado de estas cuevas y liberó a algunas, sacándolas a la luz pública. Hay una en un mesón de Zocodover y otras en los bloques de la Vega, así como en el callejón de la Sillería. El que sirvieran antes de bodegas no quiere decir que nacieran con este fin. Creo que las excavadas en roca serían inicialmente canteras, siendo posterior su aprovechamiento para sótanos por los siguientes datos: falta de proporción entre ellas y los edificios inmediatos; estar en rampa y bastante irregulares, y, por último, parecerme que siguen algo las vetas de las rocas. Interesantes y en varios pisos los de la calle de Sillería, en ladrillo.

Enrase con la casa.—En las calles de mucho desnivel se sitúa la entrada principal a la casa por la parte alta, poniéndose al mismo nivel el patio, mientras que por la zona baja se daba acceso al sótano, que servía de enrase entre ambas cotas. Estos sótanos no tenían acceso al interior de la casa; alguno, por el Plegadero, sirve de vivienda. De este estilo es el de San Andrés, del que luego hablaremos, y en cierto modo también los del Alcázar. Es decir, que se consigue un nivel homogéneo a base de ocupar la zona más baja con un subterráneo aprovechado desde el exterior. No pertenecen estos casos al tipo de sótano-escondrijo, sino que son más bien semi-sótanos.

Cuando su estructura no coincide con la vivienda que soportan es señal casi segura de que corresponden a un edificio anterior a ésta. Si son muy pequeños, generalmente proceden de la primitiva casa ibérica. Cuando coincide no puede decirse nada con seguridad, ya que pueden ser contemporáneos de la obra actual o bien ser las plantas altas una reedificación, caso frecuente; el ejemplo de más dignidad es el de la mezquita de las Tornerías, cuya discordancia con el nivel

inferior (semisótano, locales comerciales) ya señaló Amador de los Ríos.

De estos ejemplos no concordantes entre sótano y edificio recuerdo dos ejemplos destacados: el de una casa frente a Hacienda, en la calle de Jardines, que además del sótano bajo ella tenía un ramal bajo la calle de Jardines, paralelo y por fuera de la facha principal, demolido al instalar el nuevo abastecimiento de aguas, demolición seguida al poco tiempo por la ruina de la casa, aunque no cargaba sobre esta galería. Otro, en el callejón del Codo, ocupaba anchura mayor que el propio callejón, cargando sobre el arco las fachadas de las casas fronterizas. Un tercer ejemplo, poco estudiado, es el sótano que desde el claustro catedralicio se introduce bajo la calle del Arco de Palacio.

La estructura de la casa con sótanos, juntamente con la existencia del patio y de una fuerte asimetría, son notas toledanas que se van perdiendo, aunque deberían conservarse. En estos rasgos es donde está el verdadero tipismo de la ciudad, y no en otras menudencias, que conducen a muy poco.

Las Cuevas de Hércules.—Al hablar de sótanos va casi siempre la conversación hacia las «Cuevas de Hércules». Es curiosa la estancia mítica de Hércules en un lugar donde no anida ninguna leyenda suya, leyendas, en cambio, frecuentes en Andalucía. Además, la leyenda toledana alude a su cueva, pero no a él. La tradición nos dice, en síntesis, que había en ella unas figuras o pinturas escondidas antes de la llegada de los árabes, cuyo desvelamiento acarrearía grandes males. En tiempos de Siliceo se visitaron las cuevas y se creyó dar por terminado el asunto; otro intento, fallido por ciertos tiquismiquis a los que alude Gamero, se llevó a cabo a mediados del pasado siglo.

Buscando una interpretación a estas tradiciones, podríamos pensar que se referían a estatuas paganas que seguían recibiendo culto secreto después de ser oficial el cristianismo y que por parte de quien fuera se desató una ola iconoclasta en Toledo, lo que debe ser cierto porque apenas quedan huellas de esculturas romanas en la ciudad.

A Hércules se le adjudican los sótanos de San Ginés, sobre todo; otros bajo la casa de Navarro Ledesma, número 1, descubiertos a principios de este siglo, y también los de Hacienda, hoy difícilmente visitables por haberse casi llenado de escombros en su entrada, los que también salen algo bajo la calle de Jardines. Estos últimos dieron el

mayor aforo para la defensa pasiva; creo haber oído que se estimaron bastante para mil personas. También bajo una casa de Nuncio Viejo, acera izquierda subiendo, se ha descubierto otro ramal con paredes en sillaría que puede tener relación con ellos.

La proximidad de estos sótanos entre sí marcan una probable semi-ciudad, refugio iberorromano y quizá posterior, comunicada por estos pasadizos.

Es curioso el dato de que se les llame *cuevas* y no sótanos. La existencia de cuevas y su identificación toledana con los sótanos lleva a más de uno a hablarnos de la Cueva del Bu o la del Estudiante, haciéndonos preguntas sobre ellas que nos llevan de la arqueología a la geología, terreno éste en el que no sé nada, pero sí pueden saber bastante los especialistas. Es decir, que las cuevas son explotables, pudiéndose saber si son naturales (espeleología) o artificiales (geografía), así como si son refugios accidentales, almacenes, guardas o viviendas, mediante las cocinas y basureros que hayan podido quedar.

LAS MOMIAS

Si en los sótanos estábamos en la oscuridad, con las momias pasamos a lo macabro. Este asunto es uno de los predilectos para interrumpir una explicación por seria que sea. ¿Qué sabe usted de las momias?

La contestación categórica que suelo dar es: No sé nada y que supongo que los que han escrito sobre ellas saben lo mismo que yo.

No obstante mi ignorancia categórica, diré lo que he opinado sobre ellas alguna vez, pese a creer que son un tópico de los que quitan categoría al que cae en él.

San Román.—Realmente las he visto mal, a través del tablero que hacía de tapa del acceso del cuartucho donde estaban amontonadas, cuartucho contiguo al pórtico, ya desaparecido, de la antigua parroquia. Esta habitación, que facheaba frente a San Clemente, ha sido eliminada a la vez que el pórtico.

Creo que procedían de una cripta bajo el altar mayor, lugar al que han vuelto. El hecho de estar momificadas y algunas vestidas motiva para mí la suposición de que estuvieron enterradas, como después diré de las de San Andrés, y se depositaron allí como consecuencia de alguna monda del lugar donde se hallasen, no muy lejano sin duda.

San Andrés.—Estas son las que conozco mejor por haber bajado más de una vez a la semicripta donde estaban. Esta semicripta realmente era un sótano de enrase como los que ya he descrito, que igualaba el piso de la iglesia con el desnivel del callejón de los Muertos, sin duda construido al hacerse el crucero y la cabecera gótica, ampliando el templo por cabecera. Por esta razón de ser dependencia accesoria y accidental no creo que tuviese nunca escalera, llegándose últimamente a su solado por una trampilla a la que le había puesto los batientes de una ventana, cuyos travesaños hacían de difíciles escalones. Muchas de las momias estaban o están apoyadas en la pared, como haciendo guardia, vestidas la mayoría y las más con sayal. Lo más interesante era que tenían los brazos cruzados sobre el vientre, lo que quiere decir que estaban enterradas, amortajadas y, por tanto, habían recibido cristiana sepultura. Según el antiguo sacristán, se habían extraído al cimentar el pórtico principal de la iglesia, de la misma calle; no he podido comprobar este aserto, tal vez oído contar a su antecesor.

Desde luego, no creo que en ellas hubiera nada atribuible a muerte violenta. El que muere en un sótano o sitio análogo deja los huesos sueltos, esparcidos en el área en que murió; si murió colgado, los huesos están en un área muy escasa. Tampoco podían haber sido enterradas vivas, dada la cantidad y variedad de cadáveres que había y el haberse momificado en postura horizontal, pero no sentadas. Se trata simplemente de gentes enterradas de forma normal, quizá en el propio suelo de la iglesia, y que se momificaron porque el suelo de Toledo se presta bien a ello, como veremos más adelante.

San Pedro Mártir.—Lo que aquí digo lo sé por testimonio del malogrado don Casimiro Sánchez Aliseda, quien me informó alguna vez que hablamos de momias de que al renovar el pavimento de la iglesia de San Pedro se encontraron bajo el solado antiguo muchas de ellas. Indudablemente que éstas llevaban allí más de un siglo, pues desde la exclaustación no hubo reducciones de restos. Esta opinión de don Casimiro confirma mi criterio de que el suelo de Toledo momifica y de que no hay que buscar más explicaciones a esta abundancia de cadáveres momificados.

LA CASA DEL GRECO

Quizá parezca herejía tratar del tema del Greco como un tópico; pero dando la siguiente explicación, la cosa quedará clara y en su sitio.

Que el tema del Greco no es tópico en sí, sino uno de los más grandiosos de Toledo, no puede ponerse en duda. Pero se le buscan los tópicos y se le hace tópico mismo en cuanto llevamos a un primer plano a los siguientes interrogantes menores: ¿Dónde vivió? ¿Estaba casado? ¿Dónde están sus huesos? Por un deseo de elegancia, sólo diré sobre ello lo siguiente: que dense las respuestas que se quieran a las anteriores preguntas, el misterio de su arte seguirá igual. Son interrogantes que no aclaran nada.

LA CATEDRAL

Lo magnífico de este templo sin igual en el mundo hace que por paradoja se aniden en él varios tópicos lo suficientemente tupidos para que no se estudie, ni poco ni mucho, el soberbio edificio en sí. A casi nadie le he visto interesarse por la solución de su girola, única en la arquitectura, y, sin embargo, al intentar explicar cualquier cosa de ella se me ha interrumpido con alguna de estas cuestiones:

Las torres.—La pregunta habitual es: ¿por qué no se hizo la segunda torre? La contestación rápida es: no lo hemos sabido nunca. Si quisiéramos divagar sobre el tema, añadiríamos que, en primer lugar, la torre construida tiene cargas propias, como se advierte en los contrafuertes; no forma parte de la fachada y es realmente un prisma adosado que anula la posibilidad de una puerta, final normal éste de cada nave. La capilla mozárabe ocupa, desde luego, el solar de lo que pudo ser la segunda torre, pero sus características difieren de la otra, como diremos ahora.

En primer lugar, es de dimensiones algo superiores, lo que ya indica que no se quiso hacer otra igual. Después recordemos que la catedral se trazó sin claustro, espacio donde hubiera correspondido instalar la sala capitular, y que esta supuesta torre nonnata tiene una obra baja del XIV, igual a la que lleva la terminada, en piedra oscura que pertene-

ce a lo que fue capilla del *Corpus Christi*. Cisneros la reformó para instalar la capilla mozárabe; entonces, con la piedra caliza con que se hizo el tambor, se cegaron las ventanas para reforzar la obra. Esto confirma mi opinión de que la obra hecha, ya en su origen no tenía resistencia para los pesos que supone una torre. Al final, esta capilla mozárabe recibe la cúpula trazada por Jorge Manuel.

Causa extrañeza que la catedral varíe en el sentido vertical del siguiente modo: torre, fachada y capilla. Sin embargo, no suele preocupar que en el sentido horizontal se van sucediendo estilos, sobre todo en las puertas principales, donde están representadas todas las etapas del arte, desde el gótico del XIV hasta tocar al neoclásico con su discordante frontón griego.

Si queremos contestar por fin, aunque podemos caer en un laberinto de incomprensión que no satisface, es que la solución de una torre hecha y otra no o bien sin terminar, corresponde muy bien a la estética hispana de que las iglesias tengan una sola torre y, a veces, con soluciones autónomas al templo. Así, recordamos las catedrales de Sevilla, Valencia, Murcia, Almería, Guadix, Lérida, Salamanca y Segovia, con una torre sola. Con otra torre sin terminar, tenemos a Avila y Oviedo; y terminadas iguales, solamente en Burgos; y ya en el neoclásico, a Lugo y Pamplona, y terminadas, pero distintas, León.

El Transparente.—Otro de los tópicos que se albergan en la Catedral es criticar, acremente por cierto, al Transparente y preguntar por qué se hizo. La pregunta revela una ignorancia absoluta de la historia del arte; cada época trabaja con un estilo propio, y hacer obra erudita es cosa casi de mediados del XIX. El trascoro tiene obra del Renacimiento y del Neoclásico; neoclásica es la Puerta Llana.

El primero que rehabilitó el Transparente fue Polo de Benito, y después don Juan Francisco Rivera lo colocó bien en su lugar y en su época como una excelente obra ultrabarroca.

La razón de la fuerte crítica que ha sufrido obedece a que los comentaristas del siglo pasado estaban aún muy cerca de Ponz y era época de odio al barroco. Tampoco se quiere ver que la Catedral acepta soluciones autónomas para sus distintas partes; así, vemos las fachadas interiores del crucero, que son portadas del Renacimiento. Podemos definir al Transparente como un canto a la Eucaristía y a la

vez la capilla-enterramiento del cardenal Astorga, con un gran ilusionismo para dar sentido de profundidad en poco espacio.

Preside el conjunto un gran sol rodeado de arcángeles, sol que, perforado, deja ver la Sagrada Forma que se exhibía en el camarín situado entre el altar mayor y el Transparente. La lucerna fronterera es un simple ventanal para dar luz a todo el conjunto. La obra demostró la gran pericia del arquitecto barroco Tomé, que sabía que podía abrir aquel orificio sin que se resintiese el conjunto de la obra de la Catedral. En la de Cuenca hay otro transparente neoclásico, obra de Ventura Rodríguez.

La arquitectura de la Catedral.—Uno de los tópicos más perjudiciales para el arte de Toledo es la afirmación de que la Catedral está hecha en muchos estilos.

Debe distinguirse antes de decir esto entre la obra arquitectónica fundamental y las estructuras añadidas. Lo básico de las naves sólo tiene dos etapas del gótico: una que corresponde al XIII, la de la girola y otra la de las naves, perteneciente ya al XIV, aunque se cierran al final del siglo siguiente. Realmente su interior es un museo de estilos, ya que cada época rinde su homenaje a la Primada con su propio lenguaje estético; bien en obras de estructura autónoma, ya en altares o bien en decoraciones añadidas que si se quitaran dejarían una de las catedrales góticas más puras del mundo, aunque no se crea.

En cuanto al exterior, la cosa es distinta. La abundancia de paredes indica que el gótico no está muy sentido. La parte más estructurada, la fachada principal, es un entrecruzamiento de estilos en la que sólo es auténtico gótico el abocinado de las portadas, en su parte de piedra caliza clara, del siglo XV. Las demás portadas, al modo hispánico, se resuelven como entidades autónomas.

Tornillos de la Custodia.—Es interesante que se recuerde su cifra, pero pasar este dato a un primer plano es ya una candidez. Si tenemos en cuenta este detalle bastante trivial, podríamos pensar que Arfe se hace más técnico en Toledo, ya que su custodia de Sahagún la hemos visto con grapas. Sin embargo, es inocente insistir en tan gran número, ya que la técnica aconseja usar los menos tornillos posibles. Arfe es un gótico tardío que se impregna de Renacimiento en Toledo. La decora-

ción de la base de la Custodia así lo demuestra, pues está ya hecha en el plateresco.

La Campana gorda.—La Catedral toledana, en la que hay tantas cosas de extraordinario valor, también tiene sitio para albergar pequeñas preocupaciones. Una de ellas es la de la «Campana gorda» y el sitio por donde entró en la torre. El cómo entró fue abriendo un hueco, ya preparado para ello, entre dos ventanas contiguas, desmontando un parteluz.

Este tópico de la campana sería menos ramplón con considerar que su gran tamaño es un exponente del afán de grandeza del Barroco, bien distinto de un exclusivo detallismo de decoración frívola. El valor de esta campana se agranda cuando se la incardina en este estilo barroco; ya se sabe que el canónigo obrero que la mandó hacer fue don Andrés de Munárriz, quien habitaba la casa-palacio que aún lleva su nombre y que debía ser un gran señor.

Los gigantes.—Como tema popular para chicos está bien. Realmente no sé cuando nace esta mascarada; pudiera ser a partir del Renacimiento y de las cabalgatas italianas. Pueden representar a las partes del mundo recibiendo la fe de Cristo. La tarasca simboliza a los vicios o bien a la herejía vencida. Estos trastos están más ligados a la vida de la población en Tarragona; creo yo que allí caricaturizan a personajes notables; los más conocidos son los de Zaragoza, difundidos por la zarzuela *Gigantes y Cabezudos*.

EL TIPISMO

Este tópico, mal enfocado, ha sido para mí el más antipático de los que conozco, pues ha enfrentado o enfrentaba en dos bandos rivales, que podíamos llamar liberales y conservadores, a la opinión de los toledanos. No están claros para mí los orígenes del tipismo; debieron iniciarlo los seguidores de Bécquer, que abogaban por un Toledo único e intocable. Su figura más destacada fue don Santiago Camarasa, con su revista *Toledo*.

En tiempos de la Dictadura, y siendo alcalde el señor Aguirre, se promovió una fuerte discusión desde Madrid al abrir una calle en Zocodover, aislándole de la fachada del reloj (así estaba antes de que

se amortizara hace pocos años la fachada opuesta, la de los cafés). Casi se quiso entonces declarar monumento nacional al suelo de las calles y plazas toledanas. Esta campaña, con resonancia en la Prensa madrileña, se achacó en parte a Angel Vegue y Goldoni.

Este tipismo a ultranza confunde, a mi juicio, lo típico (consecuencia de la repetición de actos u objetos que obedecen a un *tipo*) con lo que es fruto del azar: una casa en ruinas, un solar; son cosas ambas que no producen tipificación. Un tipismo sin discriminación de valores puede ser disolvente precisamente para la causa que pretende defender.

Yo muchas veces me pregunto: ¿en qué consiste el tipismo? ¿Cuáles son las constantes que le definen y que le integran? De ellas, ¿cuáles se defienden?

En mis trabajos dispersos he intentado estudiar estas constantes, que conservan realmente el modo de ser de la ciudad, pero que me he convencido que han interesado bastante menos de lo que yo creía. ¡Mala suerte!

Las características más persistentes que he registrado respecto de las casas son tener patio, ser viviendas burguesas o artesanas, muchas con taller familiar. Debieron agruparse para comunicarse por sótanos. En la casa toledana hay mucha ocasionalidad, aprovechamiento de obra anterior, con las entradas, excéntricas y acodadas. Muchas de estas condiciones se deben a circunstancias que han desaparecido ya y que son difíciles de mantener; otras sí se pueden sostener, pero realmente no creo que interesen. Para el turismo no valen, ya que no muestran gran visualidad ni gran arte, parte de la preocupación actual.

Este tipismo impreciso se ha hecho también antipático por ser puramente negativo. La frase ritual era: «¡Eso no es toledano!»

Así, las críticas a las edificaciones se han centrado en los modos de resolver la pared: retundido de la piedra, color del ladrillo y poco más. Y al hablar de las paredes se creía que se hablaba de las fachadas.

Hacia el xiv existió una fachada de algún lujo, de tipo mudéjar: gran puerta con modillones en saledizo; en alto, ventana gótica geminada. Es lo que se ha reconstruido en el chaflán de la Audiencia, procurando dar empaque al edificio. Existió también el voladizo y la pared de entramado visto, pero tampoco se repite aunque valdría la pena.

Todos estos datos son de un gótico-mudéjar que se fue. El Rena-

cimiento no sé que lograrse hacer una fachada —Casa de Munárriz, Colegio de Infantes—; a partir del Barroco abundan las fachadas con vulgares huecos, unas veces iguales, pero los más, irregulares y ocasionales, sin cerco o sin molduras, como característica. Lo que abundaba y abunda era la pared lisa o pintada, que es lo que se va ahora persiguiendo y anulando, sustituyéndola por las cadenas de ladrillo y de material visto. El alero se va haciendo más mezquino cada vez; y esto es todo.

Realmente puedo decir que apenas si se crea una fachada toledana que sirva de tipo. Sólo conozco cuatro o cinco fachadas de cierta arquitectura, resueltas en ladrillo y ya en lo barroco.

El tema de los patios es más vital para mí que el de las fachadas. La casa típica toledana es un enclave de la vivienda mediterránea; en ella lo más interesante es que desarrolla la vida alrededor de una zona abierta que va sufriendo modificaciones hasta estructurarse en patios. Esta casa es lo más típico de Toledo; pero yo no encuentro fórmula jurídica para obligar a estacionar la propiedad en una fórmula que no resulte antieconómica. Y si es una cosa vital para el tipismo, que se legisle, que se discuta con bases concretas y no con frases difusas que no resuelven nada.

EL EMPEDRADO

Es otro tópico este tema del empedrado, utilizado incluso por miembros de organismos culturales madrileños. El adoquinado en dos o tres calles data de poco más de un siglo; el resto empedrado data de los Reyes Católicos, según me informan. Ambos, estilísticamente hablando, nunca me han interesado y no creo que sea un tema para la historia del arte; por tanto, debe resolverlo Urbanismo. Empedrados-mosaicos, sólo los he visto en Génova y algo en Sevilla; curiosos los de Aracena, con piedras de mármol. Los demás no creo que pasen a ningún tratado de historia para el mundo del arte. Algunos, sí, a la arqueología; pero estos de Toledo, aunque no se les respete, no pasa nada.

LETREROS EN LOS MONUMENTOS

Uno de los temas fundamentalmente negativos que se atribuyen a Toledo es que esta ciudad no debe tener fuentes, plazas, arbolado ni

rótulos. Este tema de los rótulos hoy no lo comento; pero si se discute en la Academia, ésta tendría que resolver afirmativamente, ya que ella misma ha puesto dos.

LOS REFORMISTAS

Frente a los tipistas puros, partidarios de que en Toledo no se toque ni a los desconchones de las paredes, hubo el reformismo liberal. Eran sus miembros partidarios del ensanche de las calles y consideraban una solución la demolición de los conventos para hacer bloques de viviendas. La habilitación de los conventos para usos civiles se va ya haciendo lentamente, sin demolición previa, que hubiera desambientado trozos ilustres de la población. El progresismo de aquellos reformistas era un poco de vía estrecha, pues nunca entendieron que si se dan facilidades para edificar intra-muros se congestiona la población en un ámbito agobiante. El problema está en buscar sitio a nuevos barrios, en parajes más urbanizables. Los conventos, con sus espacios vacíos, equivalen a parques gratuitos, evitando el exceso de vecindad en un espacio demasiado estrecho ya. Los monasterios urbanizan sin que ni el tráfico ni la población sufran plétora y forman calles en las que pasear es un descanso, lo que resulta ya un turismo de porvenir.

EL COLOR DE TOLEDO

Es un tópico ya pasado; sólo quedan coletazos. Cuando un forastero hacía un cuadro bueno sobre tema toledano se decía: «¡Qué bien está!, pero no es el color de Toledo». Lo recto o lo curvo de esta afirmación pertenece al secreto del sumario. Ya he tratado este tema en otra ocasión, por lo que no quiero desarrollarlo ahora de nuevo; pero hay una pregunta que no puedo por menos de hacer: el color de un lugar, ¿es un misterio o bien un resultante de la geología y el clima?

LAS GRANDES GUÍAS

Una de las preocupaciones de muchos toledanos de cierta talla intelectual es el intento de reeditar las magníficas obras de Parro y de

Palazuelos, dejando en cambio un poco al lado las insignes de Amador de los Ríos y de Simancas, de más profundo valor arqueológico. Si al publicar aquéllas se quiere rendir un homenaje a tan valiosos escritores, en edición un poco «a fondo perdido», me parece bien; pero si se busca un éxito editorial no creo que se consiga, ya que estas obras, cuanto mejores son, tienen un público más limitado. Tampoco se conseguiría dar un avance a la cultura con esta reimpresión, ya que lo más útil de ellas está ya incorporado en obras posteriores, más asequibles al público.

No creo tampoco que se haga por depurar fuentes ni por demostrar que todo lo que había que decir sobre Toledo estaba ya dicho, porque no es verdad. Ha pasado mucho tiempo desde entonces, y se sabe bastante más que en el siglo pasado, sobre muchos aspectos de la historia y el arte de Toledo.

PEQUEÑOS PROBLEMAS

Para ir dando fin a esta teoría de pequeños problemas, que llevados a un primer plano trastocan los valores de la cultura toledana, a modo de sesión de clausura, recordemos unos cuantos menores y empece-mos por:

La posible capilla de Santa Catalina.—Me lo han preguntado muchas veces; veamos lo que se sabe de ella. El problema se oscurece un poco porque la puerta de Santa Catalina, en la Catedral, va del claustro al templo y no accede a ninguna capilla. En el parteluz está la Santa, delante de la rueda del martirio y pisando al monstruo de la herejía.

Santa Catalina es una de las imágenes que están en la capilla que hace pareja con la del Cristo Tendido en el trascoro de la Catedral; también se la reconoce por la rueda martirial. La antecapilla de la Virgen del Sagrario, antigua capilla de Santa Marina, se llamaba también de Santa Catalina porque sus capellanes tenían que ser doctores procedentes del antiguo colegio-Universidad de igual nombre.

La iglesia del derruido convento de la Merced, cuyo solar ocupa la Diputación, estaba también dedicada a esta Santa; su imagen, que sobremontaba la portada, está hoy en el Museo Arqueológico. Debíó ser templo barroco; ignoro si Tirso llegó a conocerlo.

La capilla adjunta a la parroquia de El Salvador está también de-

dicada a esta Santa, bajo patronato de los Cedillo. Era muy valioso en arte. Asimismo bajo el patronato de esta mártir estuvo la Universidad toledana, nacida como Colegio de Santa Catalina, cerca de donde está hoy el Seminario, en la plazuela de su nombre. El Instituto, heredero de ella, conserva paños de mesa con la rueda de la santa, que ha pasado al escudo del centro.

Los postes de Juanelo.—¿Qué son? o, mejor dicho, ¿para qué iban a ser?, son preguntas bastante repetidas. Realmente sí es un tema inquietante, del que se sabe muy poco. El adjudicarlos a este artífice, juntamente con la tradición del «Hombre de Palo», revelan la admiración que tal personaje causó en Toledo. Es la interrogante que al alma medieval produce el Renacimiento.

Opinando y recogiendo alguna interpretación, diremos que si estaban destinados al Artificio no deberían haberse situado dentro del agua, ya que no están tallados en tamar. La obra no debió empezarse apenas, ya que no hay indicios de la misma dentro de Toledo, o bien debió desistirse de ella apenas iniciada, ya que quedó alguno de los postes sin terminar. Los que los vimos pasar por el puente nuevo de Alcántara, camino del Valle de los Caídos, creímos el traslado empresa heroica aún para este tiempo y pensamos que acaso se desistiera por la imposibilidad del transporte entonces.

Ultimamente creemos que debieron ser proyectados para Toledo, ya que hacerlos para El Escorial hubiera sido empresa más temeraria aún.

El callejón del Toro.—En contraposición a la admiración que despierta la Campana Gorda y los Artificios de Juanelo, figura el interés por dos pequeñeces: la anchura del callejón del Toro y la ventana más pequeña de Toledo.

Se llama así al callejón porque se decía que un cornúpeto quedó encajado en él, por no permitir su paso la distancia entre sus paredes. Pudo ser verdad; pero el toro debería ser napolitano o de Sicilia. Este pasadizo, que une la plaza del San Justo con el Cristo de la Calavera, debería ad decentarse y renovar o reparar la verja que tiene en su mitad.

En cuanto a la *ventana más chica*, ha sido objeto de admiración, y hay gentes que cuando vienen a Toledo se preocupan de su búsqueda. Realmente no sé cuál es, ni me quita el sueño; pero aviso al que se interese por ella que se puede equivocar, ya que hay muchos respira-

deros de gases que no son ventanas, aunque lo parecen; algunos pueden parecer incluso tragaluces visigodos, ya que se tomó la costumbre de copiarlas para estos fines. La duda desaparece pronto; en yeso, ni ventanas, ni visigodos; respiraderos y nada más.

Una insignificancia.—Para acabar, el recuerdo de que a mi llegada a Toledo había cierta preocupación por cosas de poco valor, pero que en el fondo la preocupación no era más que el culto mítimo a un nombre. Entre ellas estaba el hablar de los rodaderos como algo interesante, cuando son simples afueras dignas de interés municipal y poco más. El más curioso de estos mitos era la Incurnia; cuando se pronunciaba, la voz se hacía misteriosa. Lo que sé de la Incurnia es que es un trozo de río y creo que se llama así porque da allí la vuelta en forma de cuerno.

Algunos ponían los ojos en blanco para hablar de estas cosas. La preocupación por tales pequeñeces ha pasado ya, creo; hace tiempo que no oigo hablar de la Incurnia, y los rodaderos se han hecho problema municipal, urbanístico, que es lo suyo, sin mitos ni historia.

Y se acabó. Con esto damos fin a este recorrido sobre temas de interés folklórico que consideramos demasiado usados ya. En sí pueden tener alguna importancia; pero aplicándoles más interés del que merecen se desarticula la gama de valores auténticos de la cultura toledana. Aburren al oírlos demasiado y distraen el tiempo para estudiar otros temas de valor que sobreabundan.

Son simples frutos de un interés folklórico nacido en épocas en que no había mejor información sobre Toledo y su cultura, interés por cierto mantenido por una artesanía que seguía colaborando en tal cultura, cosa que se ha superado ya. Por afinidades psicológicas prendió bien en un sector turístico, de ese turismo que se ocupa más de la Casa del Greco que de la pintura del cretense.

Dos causas han mantenido la preocupación por estos temas: de un lado, lo complejo de la cultura toledana, tan intensa y difícil que escapa a los no iniciados y obliga a recurrir a estos tópicos para hablar de algo que parezca Toledo. De otro, que existen apasionados de lo misterioso que siempre se inquietan por las interrogantes insolubles. Estos que vivan con su público y que nos dejen en paz a los demás.

GUILLERMO TÉLLEZ GONZÁLEZ,
Académico Numerario